

## **Conquistador al borde de un ataque de nervios: Las crónicas de Tristán de Luna en la Florida, Alabama, Georgia y Tennessee (1559-1561)**

**Charles B. Moore**

*Gardner-Webb University*

### **Introducción**

Sorprendentemente, todavía no sabemos mucho de la vida y hechos de los seis conquistadores españoles que exploraron entre 1513 y 1574 lo que ahora son los estados del “Viejo Sur” de los Estados Unidos— Carolina del Sur, Carolina del Norte, la Florida, Georgia, Tennessee, Alabama, Louisiana, Mississippi, Virginia y Arkansas. Lo que sí sabemos, sin embargo, es que encabezaron expediciones que deambularon a través de páramos y desiertos en busca de la fama, la riqueza, y la gloria que recibirían si lograban conquistar, poblar y gobernar estas tierras al margen del imperio español conocidas en aquel entonces bajo el nombre genérico de “la Florida”.

A pesar de estas nobles metas, uno por uno, cada conquistador— empezando con Juan Ponce de León (en la Florida, 1521), seguido por Lucas Vázquez de Ayllón (en Carolina del Sur y Georgia, 1526), Pánfilo de Narváez (en Louisiana, 1528), Hernando de Soto (en Mississippi, 1542), Tristán de Luna (en la Florida, Alabama, Georgia, y Tennessee, 1561), y Pedro Menéndez de Avilés (en las Carolinas, Tennessee y la Florida, 1574)—cayó bien sea por las enfermedades que contrajeron, las fuerzas naturales que los destrozaron, o los ataques indios que al fin y al cabo saquearon sus pequeñas colonias. Como resultado, ninguno sobrevivió para ver la realización de sus sueños.

Mi enfoque en este ensayo es en el quinto y, quizás, el más enigmático de estos conquistadores, Tristán de Luna, quien se conoce hoy en día como el “gobernador olvidado” de la Florida, Alabama, Georgia y Tennessee entre 1559 y 1561. Aunque sobresalió en la conquista del suroeste norteamericano bajo Coronado, la historia suele recordarlo más bien por haber perdido el juicio durante los dos años de su expedición

en el sureste. Este tema de la presunta locura de Luna es lo que trazaré en las tres crónicas que sobreviven de su colonia: *La historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México, de la orden de predicadores* por Agustín Dávila Padilla (1596),<sup>1</sup> el *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida* de Andrés González de Barcia (1723),<sup>2</sup> y los *Luna Papers*, publicados por el norteamericano John Priestley en 1937. En sus *Papers*, Priestley presenta la correspondencia y las demandas de Luna, sus soldados, y el patrón de la expedición, el Virrey Luis de Velasco de Nueva España. Estos documentos fueron importantes en la investigación oficial del fracaso de la misión que se celebró después del retiro de Luna en 1561. Por eso, los *Papers* sirven más como un archivo de controversias y legalidades que de exploraciones (Quinn, II xix).

Antes de examinar cómo estas crónicas tratan el tema de la “locura” de Luna, vale la pena repasar brevemente el asunto de la locura en otras obras hispanoamericanas coloniales. Al destacar este tema común, se espera que por fin las crónicas de Luna escapen del margen de la crónica hispanoamericana colonial y encuentren su lugar justo entre las otras grandes obras de este género.

### El tema colonial de la locura

En sus *Cartas*, Cortés inició la imagen del guerrero-héroe en la conquista de América. Esta figura era absolutamente impecable, utópica y mítica (Pastor 293, 303). Sin embargo, a medida que Cortés y otros conquistadores perdían o nunca encontraban la gloria, la fama, y el poder de sus sueños, este modelo épico se transformaba en una mera lucha para la supervivencia en el discurso del fracaso (Pastor 208-10). Una parte de ese discurso incluía la locura y su papel en la “liquidación” del mito del conquistador invencible (Pastor 302-03, 309-33).

En efecto, el tema de la locura fue una constante en las crónicas y otros géneros literarios de la época colonial en América. En su *Segunda carta de relación*, Hernán Cortés escribe, “[. . .] oí decir en una choza de ciertos compañeros estando donde ellos no me veían, que si yo era loco y me metía donde nunca podría salir, que no lo fuesen ellos, sino que se volviesen a la mar, y que si yo quisiese volver con ellos, bien, y si no, que me dejasen” (39). La menos conocida *Relación* de Francisco Vásquez del siglo XVI describe la rebelión en Perú del oscuro hidalgo desposeído Lope de Aguirre y sus Marañones contra el conquistador triunfante Pedro de Ursúa. Pero, debido a su crueldad, el mismo Aguirre

luego se convierte en un “carácter demente” conocido como “el loco Aguirre” (Pastor 313). En el siglo XVIII, el poeta Pedro Peralta Barnuevo menciona en su *Lima fundada* el prejuicio europeo de que los americanos padecen de fatuidad, o locura, para la edad de los sesenta años. Peralta Barnuevo entonces intenta corregir este “error” al mencionar algunos ilustres que no solamente han pasado esta edad sino que han seguido siendo productivos en la sociedad peruana (591).

En las crónicas de Norteamérica, el Inca comenta que Diego de Miruelo primero acompañó a Ponce de León en su descubrimiento de la Florida pero luego murió de tristeza y locura al no encontrar la misma ruta en su viaje con Ayllón (254). En sus comentarios, al explicar por qué Cabeza de Vaca se equivocó en la fecha de su propio escape en los *Naufragios*, el historiador Jameson explica que él “[. . .] had lost his reckoning [. . .]” (71n1). Shea ha dicho que el asentamiento que los jesuitas de Menéndez de Avilés trataron de hacer en el invierno de Virginia en 1570, “[. . .] seemed almost madness [. . .]” (851). Pero la locura en América no se limitaba a los europeos ya que los españoles decían que los indios eran “locos y atrevidos” especialmente en “cosa de armas y valentía” (Inca 523).

Aunque los cronistas no dedican mucho tiempo a la muerte de Hernando de Soto, se recuerda que a él le creció lentamente una misteriosa calenturilla fatal al lado del Río Mississippi. Asimismo, Menéndez de Avilés murió de una “fiebre pestilencial” provocada por “vapores corruptos”. Su médico sugirió que había caído bajo un delirio enloquecido de este mal (Ruidíaz, ed. II, 513-15). Quinn refleja estas inquietudes al decir, “[. . .] it is still something of a mystery why so many [españoles] fell ill, became listless, and were desperately discouraged very soon after they attempted to settle” (V, xix). Aunque los cronistas nunca precisan exactamente el problema de Luna, es posible que él se hubiera enloquecido también bajo el mismo tipo de fiebre, desesperación, o flojera agravada por la constante presión del hambre, de los indios, de la naturaleza, y de los motines durante su propia expedición.

### Evidencia textual de la “locura” de Luna: Los *Luna Papers*

La expedición de Luna empezó a pie desde la sierra de México. Desde Veracruz, se dirigió en barco al área de Pensacola, Florida, el 11 de junio de 1559. Durante la llegada, Luna parece haber tenido dificultades para encontrar el sitio que la expedición preliminar había escogido para la colonia. Además, al poner el 24 de agosto en vez del

15, se equivoca con la fecha de la llegada en una de sus primeras cartas al virrey (*Papers I*, xxxvi). Estos descuidos pueden representar pequeñas señales de la desorientación de Luna que crecería cada vez más a través del viaje. Al respecto, el 25 de octubre de 1559, en una carta desde México, el Virrey Velasco reprende a Luna, “[. . .] sy no se diera el bordo a la mar que se dio Se tomara algunos dias antes [que] si lo azertaran a hazer los pilotos se ahorrara tiempo y trabajos y la perdida de alg[unos] ca[ballos] [. . .]” (*Papers I*, 56-58). En otra carta dirigida a Luna desde México en 1559, Velasco cuestiona la integración racial de la colonia: “[D]içenme [que] es mucha la canalla [que] la jente lleba de mestyços e mulatos y yndios myre V. mrd [que] los mas destos no serbyran syno de poner en cõfusyõn el cãpo y de comer los bastymẽtos [. . .]” (I, 54). El español Velasco teme que esta gente con sangre americana-mestizos, mulatos, e indios-provoque desorden en el campamento. Ya que “ponen en confusión” el campamento, insinúa, pues, que ellos por naturaleza son inestables de alguna manera.

Poco después de llegar a Pensacola en 1559, la colonia es casi totalmente destruida por un huracán. La devastación de la colonia por la tormenta es simplemente otro eslabón en una cadena de contratiempos que empezó desde el comienzo de la expedición. Al respecto, Velasco le expresa sus pesares a Luna con *pathos* (Cicerón 15) cuando escribe, “E [s]entido [. . .] la perdida de los nauios y bastimentos y que quisiera poderlo [r]emediar con my sangre y [v]ida [. . .]” (I, 60, 67). Aquí, hace hincapié en su propio sufrimiento como si él mismo también estuviera en la expedición. En otro momento, Velasco irónicamente alude a su propia “locura” por la situación tan desesperada de su colonia, cuando dice, “[s]eñor myo verdadero questado por perder el seso y la byda de pesar de lo suçedido en la perdyda de los nabyos y necesidad de bastimentos [. . .]” (I, 76).

La tormenta hubiera acelerado las manifestaciones de la locura de Luna que ya empiezan a ser documentadas más explícitamente en los *Luna Papers*. En otra carta a Luna en 1560, Velasco dice, “[v]i lo que V.S. Me escriue de la enfermedad que a tenido y çierto lo he sentido en todo el extremo que se puede Sentir [. . .]” (I, 180). Aunque Velasco se refiere abiertamente a una “enfermedad” de Luna, confía en su capacidad para dirigir la exploración cuando felicita “la templanza prudencia y animo que de su persona se conoçe” (I, 66). Sin embargo, las circunstancias pronto se deterioran alrededor de Luna. Se obliga a defenderse en una carta fechada el 30 de agosto de 1560 en la cual explica, “yo sienpre que he tenido salud he mandado e gobernado como gobernador

de esta [tierra] sino fue al [tiempo que] me dio çierta enfermedad de que me hube menester curar [que] [e]stando enfermo quinze o beinte dias [. . .]” (II, 46). Aquí, el mismo Luna admite que ha estado “enfermo” pero solamente por un par de semanas. Sin embargo, afirma que la enfermedad nunca estorbó su capacidad de dirigir la colonia. Esta defensa hubiera sido además una manera de combatir las muchas acusaciones en su contra por los capitanes y soldados que ya querían abandonar la misión.

Para salvar la colonia, Luna fue con una de sus tropas a Alabama, Georgia, y Tennessee en busca de la rica tierra legendaria de Coosa. En este momento, se creía que Luna estaba tan enfermo que los otros miembros del grupo conspiraron para reemplazarlo y escaparse a México. En una “Petición” a Velasco para reemplazar a Luna, los capitanes escriben en los *Luna Papers* que Luna “ni esta pa gobernar faltandole como le a faltado la congruidad de Juicio [que para] ello se requiere como es publico y notorio [. . .]” (II, 28). La hostilidad de sus subordinados había llegado a tal nivel que el maestre de campo decía que Luna necesitaba quedarse “en su posada” para curarse (II, 31-32). Después de explorar la tierra al norte por un mes, el maestre escribe, “hallo al dicho señor go[b]ernador en la misma dispusiõn le auia dexado” (II, 32). En ese momento, los frailes apoyaban que el maestre se encargara del campamento “por no thener el dho gobernador la salud que hera necesaria [. . .]” (II, 32). Los religiosos, entonces, le pidieron a Luna que dejara su mando “por la poca salud [que] tenia para thener los [negocios] a cargo.” Luna respondió bruscamente que “tenia salud para tratar los [negocios] y [que él] no los dexaria ni se tratase de otra cosa [. . .]” (II, 34).

Aunque se reportó que Luna se empeoró hasta que estaba “indispuesto” con “menos salud”, y “calenturas”, el motín disminuyó algo contra él por un rato cuando el maestre de campo escribe, “pareze se puede colegir [que el] gobernador no tenia yndispusiõn [que] [e]storbase el no gobernar” (II, 36). Sin embargo, los soldados luego repitieron sus demandas contra Luna por su “insuficiencia y poca salud [. . .] mediante lo [cual él] no esta para nos poder Regir ni gobernar [. . .]” (II, 52). Presionaron al maestre para que admitiera también que Luna estaba “sin congruo entendimi[ento]” para gobernarlos en la colonia. A la vez, la misteriosa “enfermedad” de Luna estaba tan grave que hasta se pensaba que moriría (II, 52). Al fin y al cabo, Velasco decide substituirlo en una carta fechada el 30 de enero de 1561 donde cita “la poca salud” que Luna ha sufrido (I, 10).

Afortunadamente para nuestro estudio, los *Luna Papers* se concentran en las controversias que rodearon la colonia de Luna (Quinn II, xix). Es evidente que al igual que el hambre, la intemperie y el desierto, la presunta inestabilidad de Luna (y la de algunos de sus pasajeros según Velasco) es un tema continuo a través de las cartas y documentos de la colección. Aunque se documenta que el virrey cuestionaba algunas decisiones de Luna desde el principio, su confianza en el gobernador continuó hasta el final. Los *Luna Papers* son valiosos no sólo porque documentan las dificultades y desastres de la expedición del mismo Luna, sino también porque nos ofrecen un pequeño vistazo del carácter leal si no terco de Velasco también.

### La *Historia de Dávila Padilla (1596)* y el *Ensayo cronológico de González de Barcia (1723)*

Aunque hacen mucho menos hincapié en los supuestos problemas mentales de Luna, estas dos obras son valiosas como crónicas de la exploración de Luna. A diferencia de lo que vimos en las cartas de los *Luna Papers*, Dávila Padilla y González de Barcia pocas veces citan o hablan explícitamente de la “locura” de Luna. En cambio, ambos intentan manejar los problemas entre los soldados y Luna de manera más imparcial. Se acercan a sus textos así por varias razones. Primero, por ser dominicano, Dávila Padilla se interesa mayormente en iluminar los aspectos misioneros de la expedición. Tal temática habría incluido la destreza política de su orden para resolver la discordia entre Luna y sus opositores (Quinn II, xix; Priestley I, lxiv). Por su parte, González de Barcia, escribe más tarde con el proyecto de defender los derechos de España en Georgia frente al desafío creciente de los ingleses y norteamericanos (Hoffman 437). Claro está, la documentación directa de la supuesta locura de uno de los exploradores españoles cuyas hazañas podrían justificar tales derechos hubiera vencido tal causa.

Tanto Dávila Padilla como González de Barcia hablan del huracán que azotó la colonia. Según Dávila Padilla, estuvieron en “la mas terrible tormenta, y el mas descosido norte que jamas hombres vieron” (194). Este huracán fue tan horrendo que “[p]arecía que auian salido las furias del infierno à reboluer las aguas.” Entretanto, algunos informaron que hasta vieron demonios volar por el aire. Sin embargo, Dávila Padilla conecta lo infernal con la voluntad de Dios cuando dice que la tormenta, “[. . .] no solamente parece ayer procedido de causas naturales, sino auer intervenido en ella parte del infierno por permission

diuina” (194). Dávila Padilla escribe que si el vuelo de los demonios no es suficiente para asombrar al lector, tal vez su próximo cuento de interés bíblico lo sea:

Hallaro en vn arcabuco, que estaua vn tiro de arcabuz del puerto vna carauela entera, sin faltarle cosa de quantas en ella estauan, y todos yuan à verla por cosa prodigiosa, y sacaron della cada qual lo que era de su señal y marca, sin que en todo ellos huviessse vn alfiler de menoscabo. (194-95)<sup>3</sup>

Aunque todas las demás cosas se perdieron, se salvó este barco. Dávila Padilla conjetura que en la Alejandría antigua, las olas colocaron un barco sobre las casas, pero en este diluvio de la Florida, creían que o un ángel o demonio lo había llevado al bosque protegido. Así, Dávila Padilla implícitamente conecta esta viñeta al Arca de Noé.<sup>4</sup> González de Barcia menciona que “parecía la avian puesto à mano” en el bosque (33). Luego, edifica el *ethos* de Luna quien, “[n]o asustò [ante] Calamidad tan grande, dando à entender à todos, que no era, estorvo à la empresa; porque el Virrey enviaria mui promptos, y repetidos Socorros, para suplir la pèrdida” (33).

González de Barcia y Dávila Padilla entonces tornan su atención a la continuación del sufrimiento de los colonos en Nanipacna, Alabama. Allí, los soldados no querían volver a la costa sin buenas noticias de tierra adentro para Luna. Dávila Padilla escribe que los soldados “[c]aminaron cuarenta leguas con mucho cansancio y hambre [. . .]” (199) y González de Barcia dice que caminaron “40. dias por Tierra despoblada, y inculta” (33). La medida “cuarenta,” claro, tiene amplias referencias en la Biblia tales como los cuarenta días y noches que Moisés pasó en la cumbre de Sinaí (Ex. 34:28) y la tentación de cuarenta días de Jesús en el desierto (Mat. 4:1, Mar. 1:13, Lu. 4:2). La expedición por fin retornó a Luna en el puerto donde reportó que, a diferencia de cómo se las habían pintado, no hubo grandes tierras fértiles adentro. Sin embargo, debido al hambre en la costa, Luna ordenó que todos fueran allá de todos modos. Aunque ni Dávila Padilla ni González de Barcia lo dicen explícitamente, esta decisión fue la primera señal de que quizás a Luna le faltaba el juicio necesario para gobernar. Cuando llegaron, la poca comida que había no era suficiente para todos los colonos. Por eso, tuvieron que comer raíces, hierbas, y bellotas (Dávila Padilla 201, González de Barcia 33).<sup>5</sup>

En Nanipacna, la colonia seguía sufriendo más que nunca. Para aliviar el sufrimiento, Luna pensó mandar a algunas tropas a la tierra de Coosa más al norte en Alabama, Georgia, y Tennessee para buscar comida. Dávila Padilla cita a Luna para demostrar cuan fuerte era la creencia del gobernador en el mito de la fertilidad de esta región propagado anteriormente por Pedro Mártir, Ayllón, y Soto: “Yo mismo [. . .] quiero en persona, partirme luego para Coça; porque quantos han estado en ella à vna voz alaban su grandeza y abundãcia, y no ay que dudar, sino que es tierra buena y harta, aunque los [que] allà estan, por dar colarà sus descuydos, ò por sus particulares intereses, quieren infamarla” (220). Luna creía en una fantasía quijotesca que toda la evidencia presencial anulaba. En realidad, Coosa era otro desierto y no el *locus amoenus* de sus sueños.

Luna, sin embargo, decidió mandar a algunos exploradores a Coosa. El viaje y hambre en el camino fueron horribles y muchos soldados murieron (González de Barcia 34). Las dificultades les obligaron a comer el cuero crudo de sus botas, pero, con un poco de sarcasmo, Dávila Padilla comenta que tal comida, “[. . .] no era para la ocasión mal bocado” (202). Luego, se templó su sufrimiento algo por entrar “[h]ambrientos, y cansados” en un bosque donde encontraron abundantes castaños y nogales.<sup>6</sup> Yendo a Coosa otro extraño evento ocurrió cuando el Padre Anunciación celebraba misa:

[. . .] después de auer consagrado el Caliz, cayò de la ramada vn gusano ponçonoso sobre el altar, sin [que] nadie reparasse ni le viesse, hasta [que] ya el venenoso animal andaua rodeando los labios del Caliz, con vna vista [que] daua bien à entender su ponçona. Era largo, de color verde y renegrado, era belloso y lleno de espinas como erizo. (Dávila Padilla 203)

Al verlo, el padre se puso a rezar tanto que el gusano “se desprendió del Caliz, muerto sobre el Ara” (González de Barcia 34). Aunque esta viñeta sea una exageración literaria, puede ser a la vez una adaptación de la tentación de Adán y Eva por la serpiente en el Jardín de Edén (Gén. 3). La diferencia con este episodio es que se destaca el *ethos* de los colonos (Adán y Eva) que no se rindió ante el poder del gusano (serpiente).

Cuando los exploradores no volvieron donde Luna y los demás acampaban, Luna mandó que todos regresaran a la costa de Pensacola:

El General, con quien avian quedado 800 Personas, resolviò, con Acuerdo de sus Capitanes, bolverse al Puerto, teniendo por muertos à los que avian ido à la Provincia de Coça; pues en tan dilatado tiempo no sabian de ellos, y viendo que motian algunos, de los que con èl estaban; de hambre, y otros iban enfermando, y por si bolvia alguno de los de Coça, enterraron, al pie de vn Arbol, vna Olla, en que metieron vna Carta, que referia el Camino, que llevaban y el motivo, y en el Arbol pusieron vna Cedula, escrita con estas Palabras: *Caba aqui debajo*. Con lo qual caminaron, bien desconsolados, al Puerto, donde llegaron con increíbles Trabajos, y Necesidades. (González de Barcia 37)<sup>7</sup>

Más tarde, los exploradores a quienes esperaban por fin salieron de Coosa, encontraron el mensaje, y fueron a la costa donde los colonos celebraron su venida. A pesar de su informe de que Coosa no era mejor de Nanipacna, Luna decidió llevar a los sobrevivientes allá de todas maneras.

Entretanto, González de Barcia reporta que “[c]ada Dia era menos el respeto, que los Amotinados tenian al General” (39). Dávila Padilla por fin hasta usa palabras directas para hablar de la condición delicada de Luna cuando escribe, “[e]l maestre de Campo Iuan Ceron, y los demas Capitanes del exercito, conocierõ la poca razon del Gobernador, y fin decirle cosa despacharõ vn Capitan con doze soldados, para que llamassen à toda la gēte que estaua en Coça” (220-21). Luna eventualmente volvió a la costa otra vez donde los argumentos con sus subordinados crecieron cada vez más cuando ordenó que otro grupo se preparara para irse a Coosa (222). Los colonos que sí pudieron volverse a México trataron de decirle a Velasco que Coosa y el proyecto no valían la pena, pero el virrey no quería escucharles tampoco (González de Barcia 39). Los capitanes, sin embargo dijeron que “[. . .] no estauan obligados à obedecerle, porque (hablando con el deuido acatamiento) estaua [Luna] loco y sin juicio [. . .]” (Dávila Padilla 223). Al oír esto, Luna se enfureció y condenó a los que estaban en su contra a muerte. Pero al maestre Cerón no le importaban las amenazas de Luna. Además decía que “[. . .] daria información de la locura del Gobernador [. . .]” porque “[. . .] era tambien locura, querer la muerte de tãtos” (Dávila Padilla 224).

Estas discordias duraron cinco meses (Dávila Padilla 224). Entretanto, aunque los dominicos favorecieron el abandono de la colonia, Dávila Padilla y González de Barcia mencionan sus oraciones continuas para que Dios resolviera la disputa en paz (Dávila Padilla 217,

224; González de Barcia 37). González de Barcia dice que los religiosos también actuaron como emisarios entre las dos partes y trataron de calmar las tensiones entre ellos a solas (40). Las oraciones funcionaron porque por fin la discordia se solucionó en plena misa cuando Luna y los que estaban en su contra se perdonaron e hicieron las paces (Dávila Padilla 226). González de Barcia explica que la resolución llegó justo a tiempo porque “[. . .] estaban tan aniquilados, hambrientos, desnudos, y enfermos, que no acertaban a discurrirle [. . .]” (41). Poco después, Ángel de Villafañe, el nuevo gobernador enviado por Velasco llegó con abastecimientos. En ese momento todos se reunieron para decidir el futuro de la colonia. Se acordó que la colonia se abandonaría aunque Luna nunca estuvo de acuerdo con esta decisión ni con el cambio del mando a favor de Villafañe (González de Barcia 41).

### Conclusiones

Como hemos visto, había señales de problemas con Luna desde el comienzo de su expedición en México. Esta inestabilidad se empeoró a través del viaje en el sureste hasta que el gobernador perdió control de sus tropas en un motín y fue reemplazado. Fuera por su propia terquedad o locura, Luna nunca quiso aceptar el hecho de que Coosa no era el paraíso que se había imaginado. Su interés en poblar la región a pesar de las quejas y sufrimiento de los miembros de su expedición llevó su jornada al fracaso.

En los *Luna Papers*, leemos directamente de las acusaciones que las tropas hicieron contra la locura de Luna. Allí, hasta el mismo Luna confesó al virrey que había estado “enfermo”. Por otro lado, tanto Dávila Padilla como González de Barcia tienden a minimizar la importancia de la locura del gobernador al concentrarse en el flujo de sus historias hasta cuando hacen las paces Luna y sus tropas. González de Barcia no menciona las palabras “loco” ni “locura” en ningún momento para referirse a Luna. La única indicación de problemas con el gobernador que vemos en el *Ensayo* de González de Barcia está en las “discusiones” que se parafrasean o citan entre Luna y los que querían abandonar el proyecto (37-40). Entretanto, solamente en las últimas páginas de su obra (221, 223-24), Dávila Padilla se refiere a lo que dijeron las tropas de la locura de Luna. Allí, Luna se describe como un hombre de “poca razón,” “loco,” y “sin juicio” pero, igual que en González de Barcia, este tema no predomina en la obra.

Lo que podemos concluir también es que el tema de la locura de Luna es simplemente uno más en una larga historia de discursos similares desde el descubrimiento hasta el siglo XVIII en América. Desde las cartas de Cortés y las crónicas de Soto, Ayllón y otros hasta la creencia de que los americanos se enloquecían a los sesenta años que el peruano Peralta Barnuevo combate en su *Lima fundada*, América se retrataba como un lugar al borde de la locura en muchas obras españolas de la época colonial. Resulta que la historia desastrosa de Luna en el “Viejo Sur” de Norteamérica no es una excepción.

### NOTAS

<sup>1</sup> Dávila Padilla obtuvo los datos para su historia del padre Domingo de la Asunción, quien participó en la jornada de Luna. Hudson considera que Dávila Padilla es “the foremost chronicler of the Luna expedition” (606). Quinn señala que su *Historia* es la única narrativa continua que existe de la expedición de Luna (II, xix). En cambio, por haber sido escrita unos treinta años después del viaje, Priestley opina que la obra de Dávila Padilla se clasifica más como memoria que como crónica (I, ix).

<sup>2</sup> Para escribir su *Ensayo* se cree que González de Barcia usó la historia inédita de Pedro Fernández de Pulgar que continuó la *Historia general* de Herrera hasta 1584 (Priestley I, x). Sea cual fuera su fuente, Quinn, considera el *Ensayo* “a very uneven work” (V, 69).

<sup>3</sup> Nótese el *deflexum* (Cícero, *De Oratore* II, 165) entre “arcabuco” y “arcabuz.” Además, hay una conexión entre los demonios (que la gente vio volar durante el huracán) y el arcabuz (cuyo “tiro” Dávila Padilla metafóricamente usa para marcar la distancia del arcabuco). Covarrubias, Cervantes, y Ariosto aluden a la creencia de que los arcabuces eran armas forjadas en el infierno por los demonios (el *Quijote* 470-71n12).

<sup>4</sup> Véase Gén. 8:3, donde se escribe, “[. . .] y las aguas iban menguando poco a poco sobre la haz de la tierra. Comenzaron a bajar al cabo de ciento cincuenta días. El día veintisiete del séptimo mes se asentó el arca sobre los montes de Ararat.”

<sup>5</sup> Algunas plantas que comieron eran venenosas y muchos murieron. Aunque las bellotas, por contraste, se consideraban una comida mítica (i.e. en el *Quijote* de Cervantes [I, 155]), no salvaron a la colonia aquí. Gonzál Barcia

y Dávila Padilla nos dan la "receta" que los colonos tenían que usar para sazonar la tremenda amargura de las bellotas (echarlas en sal y agua clara, después con un "cocimiento y otro" [Dávila Padilla 200-01]). González de Barcia dice que a pesar de estas tentativas, "siempre quedaban desagradables al gusto" (33).

<sup>6</sup> A diferencia del páramo tradicional, i.e. el bosque de Corpes en el *Mío Cid* donde se abandonan las hijas (Can. III, 252-64), el bosque aquí sirve para aliviar el sufrimiento no aumentarlo.

<sup>7</sup> La comunicación con mensajes en árboles y cofres enterrados forma parte del folklore primitivo del sureste. En el siglo XVI, Biedma escribió lo siguiente en su historia de la exploración de Soto: "[. . .] allí [donde encontraron los huesos de los hombres de Narváez] hizo Juan de Añaxco ciertas señales en unos árboles que estaban a la orilla de la mar, por que la mandó el Gobernador que fuese el à llamar la gente que avia quedado en el puerto, i que los imbiase por tierra por donde nosotros abiamos benido [. . .]" (49). Cuando el capitán White volvió a Carolina del Norte en 1590 a investigar lo que pasó a la famosa "Colonia Perdida" de Sir Walter Raleigh, escribió que sus hombres vieron las letras "CRO" escritas en un árbol. Pensaron que los colonos habían ido a Croatan near Hatteras. Cuando fueron allá, todo lo que vieron era la palabra "CROATAN" escrita en un árbol en la entrada del fuerte. Al volver al asentamiento original, White aprendió que unos de sus hombres habían encontrado donde habían estado unos cofres de buzos y cinco cofres cuidadosamente escondidos por los colonos perdidos (Stick 209-10). En el siglo XVIII, el famoso montañero, Daniel Boone escribió, "D.B. 1770" en una cueva donde vivía en el estado de Kentucky, EEUU. La grabación todavía se ve en lo que se llama "Boone's Cave." En el este del estado de Tennessee, EEUU, Boone grabó, "D. Boon. Cilled a Bar on tree in the year 1760" en un árbol (Draper 158, 245).

#### OBRAS CITADAS

- Anónimo. *Poema de Mío Cid*. Ed. Ian Michael. 5ª ed. Madrid: Castalia, 1987.  
 Cervantes, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Ed. Luis Andrés Murillo. Madrid: Castalia, 1987. 2 vols.  
 Cicerón. *Ad Herennium*. Ed. G.P. Goold. Trad. Harry Caplan. Cambridge: Harvard UP, 1999.  
 \_\_\_\_\_. *De Oratore*. Eds. T. E. Page y H. Rackman. Trans. E. W. Sutton y H. Rackman. 2 vols. Cambridge: Harvard UP, 1942, 1976.

- Cortés, Hernán. *Cartas de relación*. Ed. Manual Alcalá. 15ª ed. México, D.F.: Porrúa, 1988.  
 Dávila Padilla, Agustín. *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México de la orden de predicadores*. 1596. México, 1625. 189-229.  
 Draper, Lyman C. *The Life and Times of Daniel Boone*. Ed. Ted Franklin Belue. Mechanicsville, PA: Stackpole, 1998.  
 Garcilaso de la Vega, Inca. *La Florida*. 1605. *Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega*. Ed. P. Carmelo Sáenz de Santa María. Biblioteca de Autores Españoles (BAE). Vol. 152. Madrid: Atlas, 1965.  
 González de Barcia Carballino y Zúñiga, Andrés. *Ensayo cronológico de la historia general de la Florida*. Madrid: Oficina Real, 1723.  
 Hoffman, Paul E. "The Chicora Legend and Franco-Spanish Rivalry in La Florida." *The Florida Historical Quarterly* 62 (1984): 419-38.  
 Hernández de Biedma, Luis. "Relación del suceso de la jornada que hizo Hernando de Soto, y de la calidad de la tierra por donde anduvo." 1544. *Colección de varios documentos para la historia de la Florida y tierras adyacentes*. Ed. Buckingham Smith. Vol. 1. Madrid: José Rodríguez, 1857. 47-64.  
 Hudson, Charles. "A Spanish-Coosa Alliance in Sixteenth-Century North Georgia." *The Georgia Historical Quarterly* 72.4 (1988): 599-626.  
 Jameson, J. Franklin, ed. *Spanish Explorers in the Southern United States, 1528-1543*. New York: Scribner's, 1907.  
 Pastor, Beatriz. *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*. 2ª ed. Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1988.  
 Peralta Barnuevo, Pedro. *Lima fundada*. Lima: Francisco Sobrino y Bados, 1731.<sup>7</sup>  
 Priestley, Herbert, ed. *The Luna Papers*. Deland, FL: Florida State Historical Society, 1928. 2 vols.  
 Quinn, David B., ed. *New American World: A Documentary History of North America to 1612*. Vols. II y V. New York: Arno, 1979. 5 vols.  
 Ruidíaz y Caravia, Eugenio, ed. *La Florida: Su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*. Madrid: Hijos de J.A. García, 1893. 2 vols. Rpr: Ed. José M. Gómez-Tabanera. Madrid: Ediciones Istmo, 1989. 2 vols.  
 Shea, John. "Ancient Florida." *Narrative and Critical History of America*. Ed. Justin Winsor. Vol. 2. New York: Houghton Mifflin. 8 vols. 1888-1889. 321-98.  
 Stick, David. *Roanoke Island: The Beginnings of English America*. Chapel Hill: U of North Carolina P, 1983.